

Conferencia Mario Vargas Llosa

Excelentísimo señor rector, señor decano, señores profesores, queridos estudiantes.

Agradezco profundamente este diploma que me incorpora simbólicamente a la Universidad Adolfo Ibáñez, es un honor que reconozco en toda su importancia y desde luego que verse asociado, aunque sea simbólicamente a una universidad tan prestigiosa que además cuenta con un edificio tan bello aquí a la espalda de la cordillera de los andes. Me emociona muchísimo, desde luego que agradezco y soy consciente de este honor.

Y me emociona mucho sobre todo esta tarde, estar rodeado de gente tan joven, muchachas y muchachos que, según ha dicho su decano, reciben una formación profesional y al mismo tiempo esta universidad los impregna con las artes liberales.

Yo quisiera hablarles un poco de mi vocación y de la literatura, y decirles lo importante que ha sido en mi vida la lectura, de buenas obras literarias y lo que ha significado para mí. Estoy seguro que hay entre ustedes muchos lectores, a los que no necesito hacerles propaganda sobre lo que significan las buenas lecturas. Pero en nuestra época como ustedes saben, las lecturas han dejado de ser el entretenimiento principal en la sociedad, hay muchos otros entretenimientos que se disputan este liderazgo, y aunque está bien que la gente se entretenga, no está bien que la lectura pase a ser algo secundario en la vida de las personas, y voy a tratar de explicarles por qué.

Siempre he dicho que la mejor cosa que me ha pasado en la vida fue aprender a leer. Yo tenía 5 años, mi familia vivía Cochabamba, Bolivia y yo recuerdo nítidamente cómo el mundo cambió gracias a la lectura.

En esa época casi no leíamos comics, leíamos literatura, es decir, historias que exigían un esfuerzo intelectual para descifrar esas palabras, convertirlas en imágenes y vivir las historias que ellas contaban. Recuerdo como se ensanchó el mundo, el universo gracias a la lectura, cómo esas lecturas que yo leía con verdadera pasión, hechizado por lo que contaban, me permitían viajar en el tiempo, hacia el futuro, hacia el pasado, hacia otros países, hacia otras culturas, otras lenguas, otras costumbres, y cómo el pequeño mundo que era el mío, gracias a esa operación mágica, maravillosa, la lectura me convertía en el ciudadano de un verdadero universo. Un universo inagotable porque se renovaba y enriquecía cada vez que un nuevo libro caía en mis manos.

Creo que el mejor elogio que se puede hacer de la buena literatura, es decir de ella que es un gran placer, que nos hace vivir experiencias que no tendríamos en la vida, si nuestra vida se limitara simplemente a existir. Cómo los seres humanos hemos inventado un mecanismo que nos permite profundizar, ensanchar extraordinariamente nuestras vidas a través de las historias, a través de una ficción que al principio de los tiempos fue solo oral, y luego del descubrimiento de la escritura pasó a ser literatura.

Desde luego que el placer que nos producen los grandes libros, es un placer extraordinario, sin paralelo con los otros placeres, pero además la literatura nos beneficia de muchas otras maneras. Por ejemplo, gracias a la literatura nosotros conocemos mejor y desde adentro nuestro idioma, solo se aprende a conocer un idioma profundamente, las posibilidades que contiene, la manera de utilizarlo, con precisión, con elocuencia, con elegancia, a través de la literatura. Eso no se puede aprender en manuales, no se puede aprender a través de las clases académicas, eso, conocer su

propio idioma en toda su riqueza y profundidad solo se aprende leyendo la buena y gran literatura. Y aprender a conocer un idioma no es solamente aprender a hablarlo bien con exactitud, con precisión, con elegancia, es también una manera de aprender a pensar, a pensar mejor, con más profundidad, con más exactitud, añadiendo al conocimiento la imaginación, la fantasía, que enriquece nuestra sensibilidad y nuestra manera de comunicarnos con los otros.

Son muchos los beneficios que la buena literatura tiene en la vida de los lectores, aparte de adiestrarnos y hacernos conocer la riqueza de nuestra propia lengua, tiene la ventaja también importantísima en esta época en la que el enriquecimiento extraordinario del saber, ha extendido el mundo de los especialistas, el conocimiento es tan vasto, tan fragmentado, que la especialización es inevitable, la especialización tiene muchos beneficios para la humanidad, enriquece el conocimiento de ciertas parcelas del saber, pero al mismo tiempo la especialidad nos incomunica, nos aísla en un mundo de especialistas desde el cual es difícil comunicarse con los otros. Y esa separación, esas fronteras que la especialización va creando entre los seres humanos, constituiría un gran peligro para reconocer en el otro, en los otros, aquello que somos nosotros mismos, es decir, ese común denominador que establece la fraternidad entre los seres humanos, pues nada nos ayuda tanto a recordar y conocer su fraternidad como la literatura.

La literatura nos muestra que siendo nosotros, latinoamericanos, chilenos, peruanos, bolivianos, podemos sentirnos muy próximos y semejantes a los rusos del siglo 19, si leemos a un Dostoyevski a un Chejov, a un Tolstoi, o a los grandes escritores franceses del siglo 19, a un Victor Hugo, a un Balzac, a un Flaubert. Y nos hace sentirnos muy próximos a los ingleses del siglo 17, 16, si leemos a Shakespeare, si leemos a los grandes escritores ingleses de la época isabelina, y nos hace sentirnos próximos y semejantes, y casi idénticos a los españoles del siglo 16, si leemos a los poetas del siglo de oro, si leemos a Cervantes, si leemos las aventuras de Don Quijote y Sancho Panza, la literatura reestablece esa fraternidad que la especialización excesiva nos va haciendo olvidar y va materializando en nuestras vidas.

Pero no solamente ese conocimiento del otro y los otros es un resultado de la frecuentación de obras literarias importantes. Probablemente la mayor contribución que la literatura haya hecho a la humanidad sea desarrollar en nosotros, como ningún otro quehacer, como ninguna otra disciplina, el espíritu crítico.

¿Por qué es importante el espíritu crítico? Porque es la fuente de la insatisfacción y rebeldía en los seres humanos, y sin esa insatisfacción ni rebeldía, no hubiera habido progreso en la historia, ¿acaso estaríamos todavía en el mundo de los ancestros, prisioneros de la tribu? La tribu no es como ciertas doctrinas lo expresan, el mundo de la felicidad, de la igualdad, de la identidad, no, la tribu nos recuerda aquel momento inicial de nuestra historia en la que los seres humanos y los animales casi eran indiferenciables, cuando los seres humanos vivían en el terror de lo desconocido, del rayo, del trueno, de la fiera salvaje. Un mundo del que fuimos saliendo poco a poco y ¿cómo fuimos saliendo del él y avanzando?, gracias a la insatisfacción precisamente. Gracias a esa rebeldía que nos impulsaba a luchar contra aquello que teníamos en nombre de algo mejor, que éramos capaces, en gran parte, gracias a las historias que inventábamos y nos contábamos, de imaginar, de soñar.

Cuando nosotros leemos una gran obra literaria, cuando leemos por ejemplo una novela de Faulkner, un gran escritor de nuestro tiempo, un escritor que además construyó toda su obra literaria a partir de una realidad que es muy próxima a la realidad nuestra. Salimos de ella, y miramos

nuestro entorno y ¿qué sentimos? Sentimos que el mundo en el que vivimos es un mundo que no tiene la coherencia, y desde luego, la belleza de esos mundos que somos capaces de inventar y de materializar imaginando, soñando, y escribiendo. Y eso crea en nosotros una insatisfacción, crea un malestar, descubrimos que ese mundo en el que estamos, el mundo real, es un mundo que está lleno de defectos, es un mundo cuyas deficiencias aparecen precisamente por contraste con esos mundos a los que hemos podido tener acceso, tan perfectos, tan bellos, donde todo resulta bello, incluso el dolor, el sufrimiento, por la manera que está escrito, concebido, imaginado. Y eso despierta en nosotros una gran rebeldía, una actitud de intolerancia frente a la mediocridad del mundo real, comparado con el mundo inventado, bello y perfecto de la literatura.

Pues gracias a esa actitud, el mundo ha progresado, el mundo ha salido de la tribu, de las cavernas y el hombre ha conseguido diferenciarse más y más de aquellos animales que en sus orígenes compartíamos. Ese espíritu de rebelión que la literatura inculca en los lectores, ha sido el gran enemigo del autoritarismo, del totalitarismo, de los grandes sátrapas a lo largo de la historia.

Prácticamente todos los gobiernos del pasado, todas las religiones del pasado, tuvieron una gran desconfianza a la literatura, porque veían en ella una amenaza potencial para aquello que representaban, y por eso todas las religiones, todas las grandes satrapías, todas las grandes dictaduras han querido siempre controlar esa actividad, de por sí incontrolable, que es la literatura

Y han establecido inquisiciones, sistemas de censuras para controlar encajonar y definir exactamente los límites dentro de los cuales esa literatura moverse, y la literatura siempre ha sido capaz de desbordar esas rejas, esas alambradas dentro de las cuales quienes aspiraban a controlar enteramente la vida desde la cuna hasta la tumba, querían encerrarla, ¿por qué tenían esa desconfianza? ¿por qué veían en la literatura un peligro para aquello que ellas y ellos representaban? Porque la literatura es insumisa, porque es una fuente de insumisión y rebeldía en todas las sociedades.

En las sociedades libres o más libres, eso no es evidente, en una democracia con la tolerancia que hay hacia las artes liberales, hacia los libros, donde los escritores pueden escribir sin problemas de censura, salvo casos excepcionales, tenemos la impresión de que la literatura es inofensiva, que es un placer, que nos divierte, nos entretiene o nos aburre, pero no deja efectos de insumisión, de distancia crítica hacia las instituciones y hacia el poder. Pero basta que la democracia desaparezca y la reemplace un gobierno autoritario o totalitario, para que la literatura de pronto aparezca como insumisa, rebelde y peligrosa para el poder. Porque efectivamente lo es. Porque la literatura - y nada nos lo recuerda tanto como la literatura- nos muestra que la realidad está mal hecha, que la realidad que podemos imaginar será siempre mejor que la realidad aquella a la que estamos condenados a vivir, y eso nos hace desear y muchas veces actuar en consecuencia de esa otra realidad que reemplazaría la nuestra y se acercaría más a la realidad que las novelas, que las historias y literatura representan.

Creo que esa es una de las razones por las cuales la literatura debía formar parte del currículum escolar y universitario de todas las sociedades que quieren tener buenos ciudadanos. Tener buenos ciudadanos no es tener ciudadanos sumisos, indóciles, sino al contrario, inquietos, insumisos, insatisfechos con la realidad tal como está, es decir, capaces de inyectar a esa realidad los movimientos, las transformaciones, las reformas indispensables para convertir o para acercar por

lo menos esa realidad vivida a la realidad de nuestras invenciones y nuestros sueños que es la realidad de la literatura.

Si nosotros no queremos tener sociedades de autómatas, en las que los ciudadanos sean movidos como los muñecos por los hilos de un titiritero, es decir, de un dictador, o de una dictadura, o un sistema que representa una forma de dictadura, necesitamos tener una sociedad de buenos lectores, de buena literatura.

Nada estimula tanto la imaginación, la sensibilidad, para crear mundos distintos, mejores que el mundo en que vivimos, como los buenos libros. Eso con prescindencia de los autores que los escribieron, la buena literatura crea ciudadanos inquietos, imaginativos que saben que el mundo está mal hecho y que saben que el mundo pudiera ser mejor.

Voy a terminar como empecé, agradeciendo muchísimo a la Universidad Adolfo Ibáñez por haberme incorporado con este título honorario, que desde luego va a ser el gran estímulo que tenga en el futuro, los escritores también tenemos depresiones, nos sentimos desmoralizados y muchas veces nos sentimos derrotados por la vida, cuando experimente uno de esos pesimismo que jalonan la vida de los escritores, entonces recordaré que este día estuve aquí, rodeado de gente jóvenes, generosas, cariñosas que me aplaudieron mucho al recibirme y que espero que me despidan también con aplausos tan cariñosos como los del principio.